

Del “Jesusito de mi vida” al primer anuncio de la fe

RAFAEL ÁNGEL GARCÍA LOZANO

Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca

MARÍA SAN NICOLÁS ALVAREDO

Profesora de enseñanzas medias

La fe en una nueva cultura

“Cultura y religión no son la misma cosa, pero no son separables, pues la cultura nació dentro de la religión y, aunque con la evolución histórica de la humanidad se haya ido apartando parcialmente de ella, siempre estará unida a su fuente nutricia por una suerte de cordón umbilical”¹. Así comienza Mario Vargas Llosa su ensayo titulado *La civilización del espectáculo*, publicado en nuestro país en 2012. Se trata de un texto en el que el autor reflexiona crítica, serena y lúcidamente sobre la deriva de la cultura contemporánea occidental más próxima, incluso abordando concretamente la española. Parece que el escritor ha tratado de dejar de lado ciertos complejos patrios sobre lo políticamente correcto, de modo que en su análisis ha entrado también la valoración que el cristianismo tuvo y sigue teniendo en la constitución y la identidad de nuestra cultura. Vargas Llosa fundamentalmente no entra en la consideración de la cultura entendida como los grandes discursos de los intelectuales y estudiosos, sino como el conjunto de valores (o contravalores) que constituyen los modos de proceder, ser, actuar y moverse de la sociedad que formamos por estas latitudes del globo.

De la reflexión provocada por sus palabras parecen concluirse dos cuestiones de calado y que, desde luego, deben albergar cierta preocupación

1 VARGAS LLOSA, M. *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara, 2012, p. 16.

para nosotros. Por un lado lo innegable e imprescindible del papel jugado e incluso que aún hoy juega el cristianismo en la cultura occidental. Y por otro lado, que la cultura en la que vivimos es un ámbito de especial urgencia de evangelización. Trataremos de justificarlas. A pesar de que la impronta cristiana ciertamente permanece en parte de la sociedad—bien en las tradiciones populares asociadas a la identidad de los pueblos, el callejero, las manifestaciones artísticas, los propios nombres de pila, etc., nuestra cultura actual es esencialmente ajena al mensaje del evangelio. Basta con atender a cualquier noticiario o fijarnos en cualquier realidad social o cultural y ver los criterios que la fundan. Los valores del evangelio han decaído y siguen decayendo socialmente; la presencia e influencia de la Iglesia en instancias sociales y culturales queda reducida prácticamente a la caridad y las tareas propias de la evangelización; la incultura religiosa crece abrumadoramente entre la población más joven y de mediana edad; para nuestros conciudadanos, Jesucristo queda reducido a un mero personaje histórico; los activos agentes católicos del pasado hoy peinan canas y no han sido relevados por generaciones jóvenes; la jerarquía y la propia Iglesia son frecuentemente denostadas en los medios de comunicación; la asistencia a las celebraciones y sacramentos cae de forma alarmante entre los jóvenes. Un sereno ejercicio de realismo pone de manifiesto que nuestra cultura se encuentra mayoritariamente al margen del evangelio y de la Iglesia, y en ocasiones incluso en evidente oposición. Negarlo es enfrentarse tozudamente a la realidad. Por ello, a pesar de lo duro que pueda resultar este análisis, si no partimos de presupuestos acertados las acciones e iniciativas evangelizadoras y eclesiales, por muy motivadas que sean, resultarán francamente erróneas y estarán avocadas al fracaso².

Este diagnóstico requiere un nuevo posicionamiento por parte de la Iglesia si nuestra misión quiere ser eficaz. En efecto, hemos de asumir que nuestra sociedad es ajena en su raíz más profunda al mensaje cristiano, y que nuestra tarea es ofrecer a Jesucristo y con él la forma de vida cristiana. Así pues, debemos pasar página a la sociedad de cristiandad, dar el paso al convencimiento de no dar nada por supuesto y comenzar por transmitir de nuevo las verdades básicas de la fe católica. La fe, hasta ahora asumida de forma mayoritaria en la familia principalmente, ordinariamente celebrada en comunidad y reforzada en la escuela, se encuentra hoy en muchos casos desasistida de estas instancias y requiere, pues, de la existencia de otras que

2 Estas cuestión y algunas colaterales han sido ampliamente abordadas en Cf. GARCÍA LOZANO, R. Á. "Viviendo en la cultura del hombre de hoy (La radical esencia secular del presbítero en tiempos de crisis)". En: AA. VV. *Renovar nuestra vida y nuestras comunidades cristianas*. Zamora: Formación permanente del clero, Diócesis de Zamora, 2013, p. 36.

acierten a tomar el relevo. La casi innata asunción en la infancia del “Jesucito de mi vida” en el pasado ha dado paso ya a la urgencia por encontrar cauces para el primer anuncio. Efectivamente la situación es bien diferente a la de hace algunos años, no demasiados incluso, y ello conlleva necesariamente un cambio de perspectiva.

La secularidad como criterio

Ante el panorama expuesto más arriba parece necesaria la urgencia por penetrar decididamente en la dinámica de la secularidad. Desde luego, la propia condición secular de la Iglesia –cuya tarea es precisamente proponer la buena noticia al mundo civil– lo reclama y el Concilio mismo nos insta a ello. En este sentido conviene rescatar en este punto una reflexión sostenida recientemente en otro lugar³. En febrero de 2016, el diario *El País* publicaba un artículo firmado por Javier Moreno Luzón, catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid, titulado “Los desafíos pendientes del laicismo”⁴. Este profesor exponía un diagnóstico realmente duro pero igualmente realista de la situación religiosa actual en España, donde, afirmaba, “los españoles se declaran en su mayor parte católicos pero se hallan inmersos en un rápido proceso de secularización y ya no se comportan de acuerdo con los preceptos de la Iglesia. Los practicantes sólo representan –en el mejor de los casos– un tercio de la población mientras los rituales religiosos, relacionados con la sociabilidad más que con las creencias, pierden peso”⁵.

La afirmación parece ser perfectamente constatable. No obstante, la cuestión más preocupante es que no parecemos suficientemente conscientes de ello. Y en muchos casos seguimos actuando como si nada de esto estuviera firmemente consolidado en nuestra sociedad. Parece que hemos asumido con resignación la mutua desconexión generalizada entre la Iglesia y las generaciones inferiores al medio siglo de edad. A pesar de ello, en muchos aspectos seguimos actuando aún como si la celebración del Concilio Vaticano II y los cambios que entrañó no hubieran afectado a la forma cotidiana de ser católico en la sociedad. Aunque vivimos en un contexto social impregnado aún por muchos elementos de cuño cristiano y presentes fun-

3 GARCÍA LOZANO, R. Á. “La pintada fanática o avanzar en la secularización”. En *Ecclesia* 3824 (2016) 36. Véase también GARCÍA LOZANO, R. Á. “La familia y la transmisión de la fe a la luz de *Amoris laetitia*. Para una pastoral de los nuevos tiempos”. En: AA. VV. *La Familia. II*. Zamora: Formación permanente del clero, Diócesis de Zamora, 2016, pp. 21-3.

4 MORENO LUZÓN, J. *El País*, 27 de febrero de 2016, 13. Véase en su versión digital en http://elpais.com/elpais/2015/11/10/opinion/1447165865_097785.html. (Consultado el 8 de septiembre de 2016).

5 *Ibidem*.

damentalmente en el carácter popular de la sociedad vinculado a las fiestas y la identidad como pueblo (fiestas patronales, costumbres ancestrales, procesiones, religiosidad popular, etc.), así como muy marcado aún por los ritos de paso significados con los sacramentos, parece que no somos del todo conscientes de que muchas de estas acciones dan por supuesta una fe que no siempre, ni quizá mayoritariamente, está presente. Pueden suponer, ciertamente, una puerta de acceso a la fe cristiana, pero su desvinculación de ella es algo constatable en demasiados casos. Quizá exista aún alguna fractura entre la España rural y la urbana a este respecto, pero la globalización que nos absorbe a todos y el reemplazo de las generaciones están reduciéndola a su mínima expresión.

Efectivamente, apremia establecer en la Iglesia una dinámica de avance en la secularización. Precisamente porque la sociedad a la que pretendemos anunciar el evangelio se encuentra inmersa en esta coyuntura (para que de este modo nos pueda entender) y también porque la fidelidad al Concilio la reclama (por fidelidad a la Iglesia). Urge dejar de administrar sacramentos por mera cuestión sociológica u otras inercias, en primer lugar porque no podemos administrarlos a quienes no son creyentes ni tienen disposición alguna para acogerlos con alguna apertura a la gracia. En segundo lugar conforme al compromiso que ante ellos contraen sus ministros, en virtud de su responsabilidad ante las condiciones objetivables para la celebración de los mismos. Y en tercer lugar debido al agravio que se produce con los católicos que tratan realmente de vivirlos conforme a la fe y con más o menos esfuerzo y fidelidad. Es apremiante aplicar un discernimiento objetivo y taxativo en la administración de los sacramentos, especialmente los relacionados con la educación en la fe por su trascendental relevancia para la extensión del evangelio y la continuidad de la propia Iglesia como instancia transformadora de la sociedad conforme al Reino de Dios⁶. Urge adoptar la deliberada decisión de decir no ante determinadas peticiones en orden a la administración sacramental, y no por falta de acogida, sino por coherencia y responsabilidad, como también es necesario explicar el porqué de ese no. Inmersos en una sociedad secularizada está claro que ser cristiano no es para todos, sino más bien para quien quiera serlo, y con todas las consecuencias. Sólo así el cristianismo podrá ser fecundo en la sociedad y la sociedad podrá sentirse emancipada de su tutela.

Igualmente urge de manera determinante avanzar hacia una dinámica que no dé por supuesta la fe y que comience desde cero a anunciar el

6 GS, 58 y AG, 12.

evangelio como una propuesta más en la sociedad. Efectivamente, si la forma de vida cristiana es distinta de otras, el quicio de la cuestión está entonces en presentarla como una alternativa a otros modelos existentes. La sociedad de hoy es plural y los modelos de persona y las ofertas de sentido también lo son. Entre tantas posibilidades como ofrece el panorama cultural en que nos movemos, el paradigma cristiano de hombre es una alternativa. Este modelo no es opuesto a otros; es distinto porque sus fundamentos son distintos y los creemos más humanizadores. Así pues, los católicos ofrecemos una buena noticia que entraña un modelo de persona que aporta una serie de notas distintivas que no ofrecen otras propuestas y que creemos que dan una riqueza particular a quienes la asumen. Consecuentemente, nuestro trabajo y urgencia apostólicos deben centrarse entonces en presentar y explicar esas notas distintivas –dar razón (1 Pe 3, 15)– a nuestros convecinos, y hacerlo con singular énfasis entre católicos alejados e increyentes. Lejos de lamentarnos por la decadencia del modelo cristiano antaño generalizado debemos presentarlo como una carta más en la baraja, sencillamente como una oferta entre otras, poniendo de relieve la libertad de elección personal, pero asimismo poniendo el acento en sus particularidades, exigencias, consecuencias y beneficios para los individuos. Y con ello también destruir nosotros mismos –incluso en nuestra propia mentalidad– la inercia acumulada de que lo normal sea vivir conforme a la doctrina cristiana. Este reposicionamiento no implica ninguna renuncia sino, al contrario, una autenticación y nueva vitalización de la oferta evangélica.

La urgencia de un nuevo lenguaje

No resulta extraño escuchar la queja de muchos católicos de un uso poco eficaz del lenguaje eclesial para la transmisión de la fe, e incluso la crítica de que somos unos pésimos comunicadores. Llevamos entre manos una de las mejores noticias que pueden ser anunciadas y sin embargo en multitud de ocasiones ésta se ahoga en el lenguaje empleado para comunicarla. Por otra parte muchos sacerdotes manifiestan con desazón que su palabra no cala ni siquiera entre los considerados habituales, y que parece que la atención de los fieles en determinados momentos está sobrevolando las musarañas. Pero otras veces la cuestión puede estar en el lenguaje que empleamos. Por esto es importante hablar con un lenguaje entendible, provocar incluso, con pretensiones de descolocar al oyente y ayudar con palabras entendibles a quitar las inercias que no pocas veces ponemos. Es necesario desarrollar un lenguaje cercano a lo cotidiano de las personas incluso más alejadas, superando

los clericalismos léxicos del lenguaje, las formas y las expresiones tópicos o meramente eclesiales. Para conseguir anunciar a Jesucristo no se puede sino emplear las categorías, lenguaje, estética, sistema de pensamiento y universo de valores constitutivos de la sociedad en que se vive, sencillamente para que la sociedad pueda siquiera acogerlo.

La familia como motor de la transmisión de la fe

Al hilo de la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* del Papa Francisco, y del propio sentido común, parece que el protagonismo, quizá no el único pero sí el prioritario, de la educación en la fe recae incuestionablemente en la familia. Del mismo modo que el sacerdote no es el ministro del matrimonio sino los contrayentes, los actores principales de la pastoral familiar no son nuestras estructuras eclesiales (catequesis, grupos...) sino la propia familia⁷. Tampoco lo es la escuela, ni siquiera la católica por mucho que nos empeñemos. Por ello hay que apostar decisivamente por acciones que tengan a la familia como núcleo de nuestra acción pastoral en cuanto a la transmisión de la fe. El texto fruto del sínodo parece privilegiar a la familia especialmente en tres aspectos como motor de la transmisión de la fe, a saber: como ámbito del primer anuncio cristiano, sede de la catequesis y de la educación en la fe⁸. Desde luego que en las familias en que existe una honda vivencia y práctica cristiana estas tres dimensiones serán centros incuestionables y termómetros de su fidelidad a la vocación a que han sido llamadas por Jesucristo. Sin embargo la cuestión decisiva es, mirando a nuestro panorama cultural, si este planteamiento es factible y realizable entre las familias de nuestra sociedad e incluso de las que son destinatarias del primer anuncio de la fe.

Todos somos conscientes del tremendo cambio operado en el concepto de familia en la sociedad occidental, que ya no la circunscribe al matrimonio heterosexual con hijos sino que la entiende de modo diverso, considerando como tal desde las realidades monoparentales hasta las fundadas en parejas homosexuales, la mera convivencia en pareja o las cada vez más numerosas familias desestructuradas posteriormente recompuestas en matrimonios civiles con nuevos hijos fruto de nuevas uniones. No podemos añorar tiempos pasados en los que el modelo cristiano de familia era el preponderante y sólo algunos casos –minoritarios incluso– se salían de la regla. Inevitablemente, la realidad contemporánea es la que es, y el modelo de fa-

7 Cf. AL 200, 230 y 84.

8 AL 16, 58 y 287-8.

milia cristiana entraña hoy un modelo más entre los existentes en el panorama social, incluso diverso del modelo tradicional pero secularizado. La clave, de nuevo, está en la necesidad de ofrecer este modelo como una alternativa entre los existentes en nuestra cultura, poniendo de relieve sus elementos característicos fuera de tópicos y a veces la ignorancia generalizada o los chistes más o menos burdos.

Algunas cuestiones concretas

La cuestión de la transmisión de la fe en los nuevos tiempos y en medio de nuestra cultura se la juega en varios aspectos⁹. En primer lugar hay que afirmar que uno de los principales quicios se encuentra en la preparación del matrimonio cristiano de forma remota, es decir, no en la elaboración del expediente matrimonial o los cursillos prematrimoniales, sino en el paso previo. No podemos dar en absoluto por supuesto que quienes demandan el sacramento del matrimonio sean cristianos. Es necesario iniciar un proceso que suscite (o despierte) la fe, que provoque preguntas sobre su postura personal ante Jesucristo, el sentido de la vida y la fe cristiana en ella, el sufrimiento y la muerte... Si esto no llega a materializarse desde luego no podemos esperar que cada nuevo matrimonio sea núcleo de transmisión de la fe en la nueva familia que forman. Por su parte, el cursillo prematrimonial, en el mejor de los casos extendido durante una semana laborable, generalmente aborda temas relacionados con la vocación matrimonial pero olvida la cuestión de la fe personal en Jesucristo como salvación, vocación y felicidad personal. Si no se trabaja este particular el cursillo no dejará de ser un mero trámite a superar para conseguir el permiso para celebrar la boda. Asimismo, y de forma más remota aún, es necesario reflexionar en los grupos de jóvenes cristianos sobre la realidad del matrimonio cristiano como una alternativa más entre otras que nos ofrece la sociedad, así como otros valores y criterios asumidos por la tradición católica y de alguna manera relacionados con la familia como el pudor, el decoro o la discreción, así como otras cuestiones como la ideología de género o incluso la misandria. Porque, si no los abordamos nosotros, alguien se encargará de hacerlo, desde luego en una clave no precisamente cristiana.

Otro de los quicios más importantes recae sobre la educación de los hijos. Comprobamos que cada vez más matrimonios se enfrentan a esta cuestión con mayor dificultad. El contexto no es fácil y en ocasiones las pare-

9 Cf. GARCÍA LOZANO, R. Á. "La familia y la transmisión...", pp. 24-8.

jas, alejadas o no de la fe, no tienen horizontes claros y distintos en la forma sobre cómo educar a sus hijos¹⁰. Desde luego aquí tenemos una oportunidad importantísima de presencia evangelizadora y de acción apostólica. Necesitamos articular propuestas inteligentes y un corpus ordenado y sistemático, a modo de las históricas escuelas de padres o cualquier otra concreción similar, que aborden la cuestión de la autoridad, la organización de los tiempos, el uso de dispositivos digitales, el papel de ayuda o el abuso de la disponibilidad de los abuelos¹¹, la gestión del aburrimiento... En este contexto la cabida de la propuesta explícita de la fe a padres e hijos es extraordinaria.

Por otra parte, muchos padres se ven sin tiempo para estar con y educar a sus hijos a causa del excesivo tiempo de permanencia en el trabajo¹². Por otro lado la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral y la ausencia del padre dejan en demasiadas ocasiones a los hijos en manos de nadie, del televisor (que acaba siendo una instancia fáctica de educación, o bien de deseducación) o, en el mejor de los casos, de los abuelos, en ocasiones comprometiendo la propia libertad de éstos y en algunos extremos hasta abusar de su generosidad. A veces la situación social demanda una dedicación excesiva al trabajo o bien evidencia el legítimo desarrollo profesional de ambos esposos. Pero otras veces, en el fondo, lo que verdaderamente se trasluce es un –llamémoslo– egoísmo encubierto que busca garantizar la independencia económica de los cónyuges por si acaso... Si el trabajo u otros aspectos acaban por ocupar espacios y tiempos que corresponden a la familia quizá sea tarea de la Iglesia orientar esta dimensión en la pastoral esponsal y matrimonial, así como manifestar abiertamente esta crítica en determinados ámbitos sociales. Incluso puede llegar a ser profética la propuesta de la renuncia temporal al trabajo de alguno de los miembros del matrimonio en pro de un tiempo de calidad destinado a la educación de los hijos. Aún a riesgo de recibir las críticas furibundas de determinados sectores ideológicos.

A modo de conclusión

Tal como hemos pretendido insinuar al comienzo de esta exposición, “una de las mayores ausencias del cristianismo en la actualidad es su escasa presencia, y frecuentemente residual, tanto por sus formas y contenidos como también por sus titulares o representantes, en la sociedad, y más en concreto en la cultura, entendida en su sentido más amplio, desde el arte hasta la opi-

10 Cf. AL 176.

11 Cf. AL 192.

12 Cf. AL 287 y 50.

nión pública –y publicada– pasando por la ciencia”¹³. De modo especial en la constitución y funcionamiento ordinario de la institución familiar. Desde luego que la pastoral del matrimonio y de la familia cristiana son una urgencia en tanto que instancia privilegiada para la transmisión y vivencia de la fe en medio de nuestra cultura. Por ello, podemos sostener con pleno convencimiento que no vale cualquier cosa, no valen las inercias, ni las tradiciones sin más. Nos jugamos la seriedad de lo que hacemos. También la misma transmisión de la fe.

¹³ AMENGUAL COLL, G. “Tareas pendientes del cristianismo en relación con la sociedad”. Conferencia pronunciada el 31 de julio de 2013 en la Escuela de Teología Karl Rahner-Hans. Von Balthasar, U. “El cristianismo ante el siglo XXI”, celebrada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Véase a este respecto EN 20.